



Sin oración no se puede ser santo

En este domingo XIX la Iglesia nos regala en la Santa Misa un salmo maravilloso. Se trata del Salmo 33, «gustad y ved que bueno es el Señor». Se trata de uno de los pasajes preferidos por los autores espirituales de todos los tiempos para expresar *la dulzura inefable de la experiencia contemplativa*. A este «gustar y ver» debe llevarnos normalmente nuestra vida de oración personal, constituyéndose en *un anticipo* de la visión cara a cara de Dios en el cielo. Detengámonos entonces hoy en el tema de la oración. En otra oportunidad hablaremos de la oración contemplativa.

La oración es esencial a la vida cristiana. Una espiritualidad que no la valora y la fomenta no es cristiana, es falsa. No puede haber relación familiar y amistosa con Dios sin un trato *íntimo y frecuente* con él. Es necesario, por tanto, para todo cristiano comenzar un camino de oración y avanzar por él, todo lo cual es don de Dios, y un don que hoy pocos quieren recibir. *Entre los cristianos, son muy pocos los que rezan, y entre los que rezan, poquísimos quienes perseveran en una oración suficiente como para un avance continuo en la vida espiritual.* Esto sucede porque en el camino de la oración hay innumerables pruebas. Es muy difícil en los comienzos. Es grande la tentación de echarse atrás, quedando con una especie de mínimo aceptable, un «equilibrio», sin ir más adelante. Esto sucede con innumerables cristianos. Pero hay que decir que, si el camino de la oración es difícil, *mucho más lo es el camino espiritual de los que la abandonan.* La persona que va por este segundo camino está expuesta a muchas más trampas del demonio, y, a la larga, es profundamente frustrante. La plenitud del hombre está en la santidad, en la entrega total, en el darse todo a Dios. Su tristeza en no alcanzar la plenitud de esta santidad. Y para ser santos hay que rezar. Es necesario orar mucho, y perseverar en las pruebas, con la ayuda de la gracia.

Jesús, modelo de oración continua. Los discípulos viendo a su Señor que ora al Padre le dicen: «Señor, enséñanos a orar». En efecto, si miramos con atención los relatos

evangélicos, nos sorprende descubrir que Jesús vivía en oración continua, que se retiraba a lugares solitarios, que pasaba la noche en un diálogo amoroso con el Padre. «Padre, ... tú que siempre me escuchas» (Jn 11,42), «... tú, Padre en mí y yo en ti» (Jn 17,21), «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30). Este misterio de la oración, debemos intentar comprenderlo como una especie de «transfusión de vida divina» en nuestra alma; una vida que pasa silenciosamente a nuestra vida desde el Padre, por Cristo en el Espíritu Santo. Precisamente, para adquirir la «ciencia» de la oración, el camino es pedir al Padre que nos envíe su Espíritu Santo. Él, en definitiva, es el gran maestro de la oración. Por medio Suyo, Cristo, con su gracia, nos hace participar de la vida misma que Él recibe de su Padre y que devuelve al Padre, mediante la cual ambos profieren al Espíritu Santo. Por esto, el Espíritu Santo es llamado «Don de amor» o también «Beso de Dios».

Vida de oración y virtud. Los grandes maestros espirituales de la tradición católica, no centran el tema de la oración, como algunos autores contemporáneos, en los métodos, sino sobre todo en el ejercicio de las virtudes cristianas. Éstas son las que hacen posible levantar el vuelo de la oración. Por el contrario, lo que dificulta o hace imposible este vuelo son los múltiples apegos que solemos tener, los cuales nos impiden la libertad interior. Pero lo que realmente hace imposible la oración es nuestra soberbia. *El soberbio no soporta la oración, porque no soporta su conciencia ni la falta de paz que hay en su corazón;* por eso se refugia en el ruido o la música, en las obras, en los viajes, o se hunde en la pereza. Y no reza. El cristiano carnal, cuando va a rezar ante el Santísimo se siente como un drogadicto privado de su droga: sin imágenes, sin sonidos, sin sensaciones, sin ideas ni palabras que son su alimento... Le sucede que está cebado a las cosas del mundo visible que lo mantienen con vida, pero en la oración ha de volver los ojos a lo invisible. Por eso cree morir. Y es verdad, el hombre

viejo allí va muriendo. En cualquier actividad que sea, el yo carnal se las arregla para hallar alguna forma de auto-compensación, pero le resulta muy difícil hacer trampas en la oración. Por eso, se engaña pensando que tiene otras cosas que hacer y deja la oración. Resulta fácil, entonces, hacer un test de la salud espiritual de un hombre: una persona que reza con perseverancia tiene vida espiritual sana y está en camino de perfección; una que no reza está en peligro de infidelidades y abandono progresivo de sus compromisos matrimoniales o religiosos, cuando no de anquilosarse en la mediocridad espiritual o caer en el pecado. Sin embargo, aunque la práctica de la virtud predispone a nuestro crecimiento en la oración, debemos destacar que ésta es *ante todo un don de Dios*. La oración no viene de nosotros en primer lugar; *viene de Dios en y con nosotros*. *El Espíritu* —de quien nace esta «dinámica»— *es el que se une a nuestro espíritu* para hacernos penetrar en la comunión intratrinitaria, para que participemos del don divinizante, por la gracia divina.

Oración y fecundidad espiritual. La oración es un medio querido por Dios para la salvación del mundo. «Nada vale tanto como la oración» (San Juan Crisóstomo, *Anna 4, 5*). Por tanto, *la fecundidad de nuestra vida va a estar en relación directa con el grado de nuestra oración*. Grandes obras que no estén fecundadas por la oración se van a derrumbar como el Titanic o el muro de Berlín, en cambio obras pequeñas fundamentadas en la oración darán enormes frutos duraderos en el tiempo. *Es el ejemplo de todos los santos sin excepción*. Pensemos como el gran San Benito oraba en la torre de Montecassino a medianoche, antes que los monjes se levantaran al Oficio, ¡qué fecundidad ha tenido para la Iglesia y para el mundo a lo largo de los siglos...! Y pensemos en la Virgen María, que no hizo nada valioso ante los ojos del mundo, desempeñó solamente el nobilísimo oficio de «dueña de casa»; y sin embargo, con su oración y su vida, colaboró como nadie a la salvación del mundo, al punto de llamársela corredentora. A modo de síntesis, termino con unas palabras del Papa Paulo VI pronunciadas en la Misa solemne conclusiva del Concilio Vaticano II. Dijo el Papa el 7 de diciembre de 1965: «El esfuerzo de clavar en Él (en Cristo) la mirada y el corazón, eso que llamamos contemplación, viene a ser el acto más alto y pleno del espíritu, el acto que hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana». Encomendémonos a la Santísima Virgen, Madre y Maestra espiritual de todos los cristianos, para que nos alcance el don de tan alta meta. Amén.